

**CENA HOMENAJE AL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ESTADO POR LA UNIÓN
PROFESIONAL DE GALICIA**

Santiago de Compostela, 9 de Mayo de 2014

Buenas noches, es un gran honor para mí estar esta noche con ustedes en Santiago de Compostela y, además, de un honor es un gran placer porque para un gallego exiliado en Madrid cualquier motivo es bueno para volver a la tierra. En la Unión Profesional de Galicia sois muy generosos e indulgentes conmigo y, por eso, lo primero es dar las gracias como decía Cicerón: "La gratitud no sólo es la mayor de las virtudes, sino que es la madre de todas las virtudes".

Es por ello un motivo de alegría estar esta noche aquí -con los 43 Colegios Profesionales que reunís- en este año en que celebráis el XX Aniversario de vuestro nacimiento, por eso recuerdo los versos de Rilke:

Que el Dios se contente con nosotros

Con nuestro instante insigne

Es tan variada vuestra composición, sois tantas las profesiones aquí reunidas -una especie de Arca de Noé- que no puedo referirme a cada una de vosotras individualmente, porque si lo hiciera como nos dice Caballero Bonald:

Podría hablar

Y no terminaría nunca. No

Terminaría nunca

Todos los que habitáis esta Arca de Noé destacáis por un rasgo, la profesionalidad, porque como decía Tomás de Iriarte en su célebre fábula *El Burro Flautista*, sin reglas de arte suena la flauta por casualidad; por ello, todos los aquí reunidos hacéis del estudio, del saber y de la preparación, la base de vuestro buen hacer.

Además esta Unión Profesional de Galicia evita uno de los males que Ortega denunciaba en su *España Invertebrada*, que en la sociedad española todo eran compartimentos estanco. Y Ortega añadía: “Es preciso, pues, mantener vivaz en cada clase o profesión la conciencia de que existen en torno a ella otras muchas clases y profesiones, de cuya cooperación necesitan, que son tan respetables como ella y tienen modos y aún manías gremiales que deben ser en parte tolerados o, cuando menos, conocidos”.

Las profesionales gallegas han pasado de ser la excepción a ser la regla.

Hay un verso de José Ángel Valente que parece haber sido escrito pensando en vosotros:

Aquí latía un solo corazón unánime

Y aquí late, en verdad, un solo corazón unánime, el corazón de lo mejor de la sociedad civil gallega, aquí late un solo corazón unánime, el corazón de la Galicia que habita en la excelencia.

Permitidme citar a Borges: "le doy vueltas a una idea: la idea de que, a pesar de que la vida de un hombre se componga de miles y miles de momentos y días, esos muchos instantes y esos muchos días pueden ser reducidos a uno: el momento en que un hombre averigua quién es, cuando se vé cara a cara consigo mismo".

Yo soy un político betanceiro que ama los libros, con una larga carrera, casi tan vieja como el tiempo. Larga carrera, porque a algunos hombres, como escribió Hölderling, no nos es dado descansar en ninguna parte.

Y otra vez me asaltan los versos de Borges:

*Ya no considero inalcanzable la felicidad, como me sucedía
Hace tiempo ... lo que quiero ahora es la paz, el placer del
Pensamiento y de la amistad. Y aunque parezca demasiado
Ambicioso, la sensación de amar y ser amado*

Alejandro de Macedonia tenía bajo su almohada *La Iliada* y la espada, yo, sin molestar a mi almohada, también amo profundamente los libros.

Me gustaría hacer, parafraseando al gran Erasmo, un pequeño elogio de la lectura. Al cabo de la vida uno adquiere algunas certezas, una de las más acendradas en mí

es que somos lo que leemos; los libros que leemos nos marcan de manera indeleble.

El axioma de Emerson, los buenos libros sustituyen a la mejor universidad, nos da cuenta de la importancia de la lectura. De ésta, parafraseando a Flaubert, que se refería al hastío, podemos decir que “es una araña silenciosa que teje su red en la penumbra. Esta red nos atrapa para siempre y lamentamos no tener más tiempo para leer y releer, placer éste último, supremo”.

Aunque yo soy aficionado, sobre todo, al ensayo, la historia, la filosofía política y la poesía; la literatura es un universo inescindible, todos los libros son útiles. Hay libros, como decía Montaigne de los de Tácito, que no son para leer, sino para estudiar y aprender. Otros sirven para el mero entretenimiento. Uno, al recordar al sabio de Burdeos, lamenta no poder retirarse 10 años a su torre, como él hizo, para dedicarse exclusivamente a leer.

La República de las letras es la más libre y tolerante de las que existen en el mundo. Tiene sus Dioses, a los que solo se les exige un requisito para ser elevados a los altares: talento. Tiene sus príncipes, los poetas, ellos son la casta superior e inalcanzable. En esta República, según Stefan Zweig, se instalan aquellos “que huyen al eterno refugio de todos los insatisfechos, al asilo de los desastrados, al variado y penoso mundo de los libros”. La tolerancia y la igualdad son sus leyes. Aquí todos los hombres y mujeres son iguales, tan iguales como disímiles sean sus vidas, obras e ideas. Aquí habitan *os bos e xenerosos*. Por eso en Fahrenheit 451 se

prohíben y queman los libros, porque los libros ayudan a pensar, a ser libres. Con razón decía el gran poeta Heinrich Heine: "Allí donde se queman los libros, se acaba por quemar a los hombres".

La literatura es un camino seguro hacia la sabiduría y la felicidad, yo como mi admirado Karl Popper: "Encontré también en el mundo de las ideas, más felicidad de la que nunca pude merecer".

Esta noche estáis aquí reunidos representantes de muchas profesiones, prestigiosas y prestigiadas, dejadme por ello que reivindique a un oficio, hoy tremendamente denostado: la política.

Es verdad que en los últimos meses se acumulan una sucesión de escándalos políticos y económicos; una sucesión de casos de corrupción que crean una inmensa alarma social y desmoralización pública. Cuanto mayores son las dificultades que los españoles afrontan, los múltiples casos de corrupción se hacen aún más insoportables. Los españoles deben estar tranquilos. Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad realizarán las investigaciones pertinentes. Los jueces, tribunales y Ministerio Fiscal cumplirán como siempre con su deber. La justicia española pondrá a cada uno en su sitio y los corruptos abandonarán la vida pública e ingresarán en la cárcel, que es donde deben estar. Los españoles deben estar tranquilos y confiados. No va a haber impunidad. En España, el que la hace, la paga, sea quien sea y caiga quien caiga, pero tenemos que conseguir además que esto no se vuelva a repetir.

Pero creedme, la inmensa mayoría de los políticos gallegos y españoles somos honrados, aunque corruptas y corruptos, como las meigas, *habelas haylas*.

Igual que una injusticia y tragedia que conmovió a Francia motivó a Voltaire a escribir su *Tratado sobre la tolerancia*, las durísimas circunstancias actuales que padecen miles de españoles nos obligan a escribir un tratado sobre la tolerancia cero con la corrupción.

Como la mujer del César, no solo debemos ser honrados sino parecerlo; debemos desnudarnos ante los españoles y ofrecer más transparencia, más austeridad y más honradez. Esa es la pócima mágica.

A pesar de la dureza de la hora actual, los españoles son generosos; solo nos exigen en esta noche oscura tres cosas: ejemplaridad, ejemplaridad y ejemplaridad. Démoselas. No podemos permitir que el ruido se convierta en furia. Debemos impedir que en esta España de caldos eximios maduren *Las uvas de la ira*.

Los políticos debemos vivir como viven los ciudadanos. El que tenga legítimas ambiciones de enriquecerse se equivoca de vocación. Los españoles nos perdonarán meter la pata, pero no la mano.

Los españoles no entienden que de ciertos sueldos salgan ciertos patrimonios. Es lo que se conoce como el síndrome de Nicolás Fouquet, que siendo superintendente de Luis XIV, una especie de ministro de hacienda, hizo una fiesta para presentar su maravilloso palacio. El Rey asustado entendió que el palacio no había salido del sueldo del ministro y lo cesó y procesó fulminantemente.

Los españoles sólo nos exigen ejemplaridad. Nosotros debíamos conseguir como le pasaba a Nietzsche con los filósofos, que “solo nuestra capacidad para dar ejemplo, despertara el interés de los ciudadanos”.

Como el Papa Francisco que defiende que el verdadero poder es servir y que basa en la ejemplaridad la inmensa metamorfosis que está produciendo en la Iglesia – predica con el ejemplo- haciendo que muchos ciudadanos de este mundo desorientado, si no la fe hayan recuperado al menos la esperanza.

Ejemplaridades como la de la familia real británica que se negó a abandonar Londres durante los duros bombardeos del verano de 1940, por eso en el Reino Unido siempre adoraron a la Reina Madre Isabel. Ejemplaridades como la de Don Manuel Fraga que, tras una vida llena de éxitos y posibilidades, murió en Madrid en un pequeño piso que ni siquiera era suyo, Don Manuel murió como quería Antonio Machado: ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar.

Como decía antes, la indignación se agrava por la crisis económica que hace que los escándalos hieran más, pero yo soy optimista, soy optimista ante el Hoy que vivimos en Galicia y en España.

Y el Hoy en que vivimos es el de una España que está sufriendo una terrible crisis económica que asola con especial dureza a los sectores más débiles y desfavorecidos, a la España que sufre; pero el Hoy en que vivimos es también el de una España que ha sabido evitar el abismo del Rescate, contra todos los pronósticos y vaticinios, que lo ha sabido evitar gracias al esfuerzo y sacrificio del pueblo español que es el que ha rescatado a España.

El trabajo, el esfuerzo, el sacrificio son los valores con los que los españoles han vuelto a dar otra lección inesperada e inolvidable al mundo, como la que dimos en los años de la Transición, en los cuales España se encontró a sí misma y encontró su lugar en el mundo.

El Hoy en que vivimos es el de una España que le va a dar la vuelta a la tortilla, creedme, ya se la estamos dando y esto os lo digo yo que soy de Betanzos, patria y cuna de la mejor tortilla del mundo.

El Hoy en que vivimos es el de una España que empieza a despertar de su más profunda noche oscura del alma.

Termino ya. En esta hora en que en España se duda de la política y de los políticos, políticos como Adolfo Suárez, como Don Manuel y políticas como las que han desarrollado, son de suma importancia; políticos que no son amos sino sirvientes del interés general, el único imperativo al que ha de estar sometida la política.

La desafección entre los ciudadanos y la política que promueven populistas y demagogos irresponsables es tremendamente peligrosa. Los populistas y demagogos, entusiastas del cuanto peor mejor, son la lepra de los pueblos y basta con recordar la República de Weimar. La política es absolutamente esencial. Según Ortega es el único instrumento con que contamos para transformar la realidad social circundante y yo os quiero decir que la política es una de las vocaciones más nobles a las que servir. Permitidme citar unas palabras del Papa Francisco, que en un discurso criticando frontalmente la corrupción –críticas que, como veis, comparto al cien por ciento– añadió: “la política, tan denigrada, es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de caridad, porque busca el bien común”.

La política es imprescindible porque solo ella cabalga hacia el futuro, porque solo ella recita los versos de Auden:

*Hacia derrotas nuevas ha de ir todavía,
hacia dolores nuevos y mayores,
y hacia la derrota del dolor.*

La política es indispensable porque solo ella hace que el futuro nos pertenezca;
porque sólo ella, como quería Popper, cabalga hacia la DERROTA DEL DOLOR.

MOITAS GRACIAS

J. M. Romay